

RIENZI.

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Montreal le escuchó con grande atención, y contestóle en seguida con voz baja y como si hablase solo:

—No.... Eso es imposible.

Reflexionó un instante, cubriéndose la frente con ambas manos, y luego continuó así:

—¿Vais á Roma? Pues bien; no tardaremos en encontrarnos sobre sus ruinas. Sabed que mi principal objeto está ya logrado: los mercaderes de Florencia acceden á mis condiciones, y me han comprado una tregua de dos años: mañana levantaré el campamento y me dirigiré con mis tropas á la Lombardia. Si mis planes prosperan allí, y si los venecianos se avienen á mis proposiciones, envío la Gran Compañía á las órdenes de Lando, mi segundo, y la gente de Venecia contra Visconti, y me voy á pasar el otoño tranquilamente en medio de los regocijos y pompas de Roma.

—Señor Gualtero, vuestra franqueza me ha inspirado tal vez demasiada confianza; pero cuando os oigo hablar, como un traficante, de vender vuestra amistad ó vuestra indulgencia, me pregunto á mí mismo: ¿Es este el grande, el célebre caballero de San Juan? ¿Le habrán juzgado bien aquellos que pretenden que la avaricia es el único borron que afea su gloria?

Montreal se mordió los labios, y contestó:

—Señor Adriano, me habeis impuesto el castigo que merece mi franqueza; pero yo no puedo dejaros entregado á una impresion plausible, aunque injusta. No, valiente Colonna; esas habladerías me hacen poquisimo favor; estimo el oro, porque es el arquitecto del poder: el oro abastece los campamentos, conquista las ciudades, levanta palacios y funda tronos; quiero el oro, porque es un instrumento necesario para mis proyectos.

—Y esos proyectos....

—Son.... Pero basta ya de plática. Entremos á la tienda, porque el rocío empieza á hacerse sentir.

Levantáronse los dos guerreros, pero fascinados por la belleza pintoresca de aquel sitio, permanecieron algunos minutos á la orilla del riachuelo. Las estrellas brillaban ya en aquellas ondas de color de perla, y una brisa deliciosa hacia oír sus suaves murmullos entre las hojas plateadas por el rocío.

Echaron á andar, y Adriano se acostó temprano; pero sus pensamientos, y el ruido de una alegría soldadesca que se notaba en la tienda de Montreal, le tuvieron despierto largo rato. Apenas habia comenzado á gozar un sueño inquieto y fatigado, un estrépito mayor le obligó á abrir los ojos. El campo estaba en movimiento; el ruido de las armas, las carreras de los soldados, los gritos de los jefes, todo anunciaba la próxima marcha de la Gran Compañía.

No se habia aun vestido Adriano, cuando Montreal apareció delante de él.

—Noble Adriano, he escogido cien hombres y un oficial de confianza para que os acompañen hasta las fronteras de la Romanía; están pues á vuestras órdenes: yo marcharé dentro de una hora, y la vanguardia ha empezado ya á desfilar.

Adriano hubiera rehusado de buena gana la escolta; pero conoció que esto seria herir el amor propio del Provenzal, que se retiró inmediatamente. Vistióse apresuradamente sus armas y pasó al aposento de Montreal, á quien encontró solo en disposicion de ponerse á escribir.

—La fortuna, dijo el jefe, hacellover sus dones sobre mí. A ver me han evitado las incomodidades de un sitio, y ahora mismo acabo de recibir la noticia de que el senador de Roma ha caído en mi poder.

—¿Es posible! ¡Rienzi es vuestro prisionero!

—No por cierto; la cosa ha salido mucho mejor. El tribuno ha variado de plan, dirigiéndose á Perugia, en donde están mis hermanos, con quienes se ha concertado, y ellos le han provisto de hombres y dinero, de modo que puede desafiar á las lanzas de los barones. Esto me escribe mi hermano Arimbald, hombre de letras, á quien el tribuno cree haber engañado con sus dorados sueños sobre la grandeza de Roma, y con magníficas promesas: ahora mismo voy á responderle manifestándole toda mi satisfaccion por su conducta. Se me olvidaba añadir que mis dos hermanos acompañarán en persona al senador hasta los muros del Capitolio.

—Lo que yo extraño es, que digais que de ese modo teneis en vuestro poder á Rienzi.

—Sus soldados son los míos, sus compañeros mis hermanos, y su acreedor yo mismo. ¡Que gobierne á Roma.... poco importa; dentro de poco tiempo el virey tendra que ceder el puesto á....

—¡Al jefe de la Gran Compañía! exclamó Adriano con un estremecimiento de horror que Montreal no echó de ver. No, caballero Provenzal, no: si hemos

sufrido innoblemente el yugo de domésticos tiranos, nunca mis compatriotas serán tan viles que se sometan á un usurpador extranjero.

Montreal miró con fiereza al romano, y le dijo:

—Tendreis tiempo sobrado para representar el papel de Bruto, cuando yo me encargue del de César. Por ahora solo os debo hospitalidad, y por lo tanto cortemos esta conversacion.

Las últimas palabras establecieron entre ambos cierta frialdad durante el poco tiempo que permanecieron juntos; y por último, se separaron los dos caballeros con una política ceremoniosa que no se avenia bien con sus amistosas comunicaciones del día anterior. Montreal conoció que habia revelado imprudentemente sus designios, pero la circunspeccion no era una de las prendas de su carácter, y mucho menos cuando se veia satisfecho y alegre al frente de un poderoso ejército.

Adriano prosiguió su camino paso á paso, seguido de la escolta, y al revolver un sendero escarpado que conducia al piso de la colina, vió á las tropas de Montreal en marcha. Las banderas flotaban impelidas por el viento, relucian las armaduras heridas por los rayos del sol, y asemejábanse las filas de la caballería á un río de acero, al mismo tiempo que la llanura resonaba con el ruido solemne de los pasos de aquella multitud armada, llevando los ecos de los montes á incalculable distancia los sonidos de la música marcial.

El romano distinguia perfectamente, á pesar de la distancia, al valiente Provenzal, tanto por su alta estatura, como por su armadura brillante. Marchaba con todo el orgullo de su poder militar, con todo el fuego de sus ambiciosas esperanzas, ostentándole jefe de imponentes fuerzas, terror de Italia, héroe presente y monarca futuro....

Tres meses despues, bastaban seis pies de tierra para contener toda magnificencia.

LIBRO IX.

LA VUELTA.

Allora la sua veruta fu á Roma sentita. Romani si apperechiavano á riceverlo con letizia, furo fati archi triumfali, etc.

(VITA DI COLA RIENZI.)

Entonces se oyó hablar de su vuelta en Roma, y los romanos se prepararon á recibirla con alegría, haciendo arcos de triunfo, etc.

CAPÍTULO I.

Entrada triunfal.

ROMA entera se hallaba en movimiento, y desde San Angelo hasta el Capitolio, las ventanas, los balcones y tejados estaban llenos de habitantes, animados por la mas risueña esperanza. Solo en los sombríos cuarteles de Colonia, de Orsini y de Savelli, reinaba una soledad espantosa. En aquellas calles, ó mas bien fortificaciones, no se oía ya el acompasado ruido que hacian los pasos del centinela bárbaro, y cerradas todas las puertas, parecia mas profundo el silencio que revelaba la ausencia de los que allí habian morado; pues salieran de la ciudad al saber que Rienzi se acercaba: en los castillos de la Compañía, rodeados de sus siervos, esperaban la hora en que el pueblo, disgustado de su ídolo, llamase sucesivamente á los feroces cionochastas, sus verdugos y sus victimas.

Esceptuando tales sitios, la animacion de Roma era general. Los arcos triunfales, embellecidos por colgaduras de oro y plata, y levantados en las principales calles, mostraban mil señales de júbilo, al par de los niños y doncellas que aparecian por todas partes con laureles y con canastillos de flores. ¡Aun Roma abría una vez los brazos á su tribuno!

Envuelto entre la muchedumbre, oculto bajo la capa, rodeado de un gentío, cuyo mayor número le olvidára, y poco visto merced á la confusion del momento, Adriano Colonna fué testigo de esta gloriosa entrada: nunca habia podido dejar de interesarse por el hermano de Irene, y desamparado en medio de sus conciudadanos, fué el solo de la soberbia familia de Colonna que contempló la entrada del favorito del pueblo.

(Continuad.)

REVISTA DE TEATROS.

El señor Puig ha cantado por segunda vez en el teatro de la Cruz la *Lucia* siendo muy aplaudido, con especialidad la segunda noche en que estuvo por cierto mas feliz que en la primera, y llamado á la escena despues de terminada la funcion. El señor Puig tiene cosas muy buenas en la *Lucia*, aunque no es comparable con Moriani, por ser distinto el género de canto. Así es que el señor Puig en nada le imita, cosa que hace muy bien, porque no es digna de aplauso en un artista la servil imitacion.

De un dia á otro se espera en esta córte á la prima donna, que há de cantar en el teatro de la Cruz, señora Rafecelli, de quien tenemos grandes noticias ya por su mérito personal, como por su mérito artistico.

Esta escriturado para el mismo teatro el gran bajo señor Ferri, y se piensa escribir algunos artistas mas que figuran en primera línea.

Hoy debe cantarse la *Somnambula* ópera que tan buenas entradas ha dado á la empresa, por ser de las que se han oido en esta córte con mayor gusto, por su igualdad.

Parece que la funcion dramática á beneficio de los presos por causas políticas, la cual como saben nuestros lectores se compondrá de una comedia de los señores Hartzembusch y Rubi, de una pieza en un acto de los señores Asquerino y de una zarzuela de los señores Villergas y Larrañaga, está muy próxima á verificarse. Tomarán parte en ella, entre otros, la inteligente aficionada señorita Paz y los señores Escobar, Catalina y Repullés.

BOLETÍN ESTRANJERO.

El Estudiante y la Griseta.—Con este epigrafe refiere un periódico francés el hecho siguiente:

Hace cerca de doce años que Ernesto Fremonteau vino á Paris con el objeto de estudiar leyes. Desde aquella época Ernesto se ha matriculado todos los años con la mayor exactitud; pero se ha abstenido religiosamente de asistir ni una sola vez á la cátedra. Si le preguntan por el código civil, responde carambola, villa y dados, pues solo conoce de las leyes la aptitud para heredar y el capitulo que trata del matrimonio.

Con tales disposiciones no es de esperar que llegue á tener un puesto en el foro; pero en cambio pasa la vida alegremente en medio de los estudiantes, á quienes llama sus discípulos y les sirve de mentor, y de *Cicerone* cuando llega á París.

Nadie mejor que Ernesto conoce los sitios en que hay diversiones: la *Chaumiere* no tiene secretos para él, ni en *Valentino* hay misterio que el no pueda descifrar, conociendo perfectamente la biografía, los pasos y el modo de vivir de todas las amables concurrentes á los lugares que hemos citado, que ninguna de aquellas sirenas se atreveria á tratar con poca consideracion á cualquiera de sus protegidos. A pesar de su grande conocimiento del mundo, este hombre se ha dejado engañar como un tonto por una jóven de 18 años, que supo encubrir su astucia bajo la máscara de la candidez.

Jenny apareció por la vez primera en el baile de la *Chaumiere*, donde la condujo una de sus compañeras de aguja. Todos los jóvenes seguian obstinadamente á la recién venida procurando hacerse amables á sus ojos: pero Ernesto tuvo la suerte de vencer á todos sus rivales, y fué el que bailó toda la noche con Jenny. En el momento de separarse de ella le entregó un billete que habia escrito en el café en el intervalo de dos contradanzas.

El billete estaba concebido en estos términos:

«Señorita:

«Veros y amaros ha sido obra de un momento. Os he visto y os amo.... ¿Qué digo? os adoro, os idolatro. Me es imposible vivir sin vos, y por lo tanto os ofrezco la mitad de lo que poseo, escepto mi corazón que ya poseéis todo entero.

«Espero de vos una respuesta que me haga el mas feliz ó el mas desdichado de los hombres.»

A la mañana siguiente recibió la respuesta, y por la noche ya era Ernesto el mas desdichado de los hombres.

Todo caminó perfectamente por espacio de quince dias, gracias á los 600 reales que la munificencia paternal le tenia asignados para sus gastos, y á otros 600 que con el traje de deudas en el café y en la fonda, los cuales le permitieron satisfacer todos los caprichos de Jenny, que le manifestaba la mayor ternura.

El dia que hacia diez y seis, amaneció Ernesto sin un cuarto, y habiendo ido á ver si sus compañeros le prestaban algo con que atender á sus gastos, cuando volvió á su casa, halló que Jenny habia desaparecido, dejándole sobre la cómoda una carta así concebida:

«Amigo mio: Te he querido mucho, pero conozco que ya no te amo. Como me has ofrecido la mitad de lo que posees, me ha parecido justo llevármelo, y que no lo tomarás a mal. En cuanto á mi conozco que tú no tienes la culpa de que yo no te ame.

Te abraza—JENNY.»

En efecto, la jóven habia hecho una division equitativa de todo lo que poseia el estudiante, llevándose siete camisas, dos pañuelos de seda, siete pares de calcetas, once camisolines, un anillo de oro, y dos corbatas de seda. Muy difícil era dividir un frasco de cristal talado y guarnecido de oro que estaba sobre la chimenea, pero la jóven allano el obstáculo, llevándose el frasco y dejando el tapon.

Ernesto, que encontró esta broma muy pesada, dió queja á la policia y la costurera fue arrestada.

Preguntada por el presidente respondió: «Esto es lo que hacen los hombres: cuando aman á una mujer la prometen la corona de Francia, y cuando ya no la aman se portan con ella horriblemente.»

El Presidente: Pero vos le habeis abandonado llevándoos todo cuanto tenia el demandante.

Jenny: ¿Todo? No he tomado mas que la mitad, y he partido en conciencia.
El Presidente: No obstante habeis cometido un robo.
Jenny: El me escribió ofreciéndome la mitad de cuanto tenia. Tomad, aquí tengo todavía la carta de ese monstruo.
Tres meses de prision enseñarán á Jenny á no tomar al pie de la letra las promesas y las frases de los estudiantes.

SERMONES

PRONUNCIADOS EN LA IGLESIA

DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS,

POR EL R. P.

ENRIQUE DOMINGO LACORDAIRE

del orden de predicadores.

Se ha repartido el cuarto sermón.

Es har to popular en nuestra patria el nombre del P. Lacordaire, citado en primera línea entre los oradores sagrados contemporáneos, ó por mejor decir, preferidos á todos ellos por el voto general de los inteligentes.

Esta circunstancia pudiera excusar toda recomendacion de la presente obra, que nuestros literatos, y en especial el ilustrado clero español, acogerán sin duda con la avidez y aceptacion con que ha leído los imperfectos extractos que de las piezas que la forman han dado á luz varios periódicos religiosos.

El P. Lacordaire es uno de aquellos varones que aparecen en medio del mundo cual señalados por el dedo de la providencia para edificar á una sociedad eséptica é indiferente. Poseido el mismo en su juventud de iguales errores, la propia experiencia le ha enseñado á manejar oportunamente las armas mas eficaces para arrancar á sus hermanos de tan lastimosa situacion.

En cuanto al caracter de la elocuencia del P. Lacordaire, difícilmente se encontrará en otro orador rasgos mas originales y sorprendentes: podrá decirse que se ha creado una retórica no muy fácil de practicar con éxito feliz. La elocuencia del corazón no ofrece muchos modelos tan cumplidos como los que presentamos al público. El don de improvisar, á poco se ha concedido cual le posee el nuevo apóstol francés.

Los frutos de su predicacion correspondido han á tan aventajadas y sublimes cualidades, que como dejamos insinuado, parecen señalar una inspiracion del cielo.

Contamos para esta publicacion con la

precisa licencia del ordinario de la diócesis, y en ella procederemos bajo la direccion del señor don Juan Gonzalez escritor eclesiástico de distinguida reputacion.

PLAN DE PUBLICACION.

Los SERMONES del P. Lacordaire segun se vayan imprimiendo en Francia se darán por entregas, que contendrá cada una un sermón.

Condiciones y precios de suscripcion.

Se imprime esta obra de buen papel y de un carácter de letra clara, entamaño 8.º mayor.

El precio de cada sermón será en la forma que ha parecido á su editor mas conveniente y fácil, fijándole á real el pliego de 16 páginas en 8.º mayor en sermones sueltos en Madrid, y á medio real siempre que sea el abono por toda la coleccion, y con el aumento de partes en las provincias, en cuyo caso deberá adelantarse el que se suscriba 20 rs. vn., importe de 10 pliegos de impresion en Madrid y 30 en las provincias, cuyo pago se irá renovando á medida que se sepan los volúmenes ó sermones de que constará esta coleccion.

Cada mes saldrá uno ó dos sermones, cada uno con su cubierta de color, y se repartirán al domicilio de los señores que se suscriban.

Se admiten suscripciones en Madrid librerías de su editor don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8 y 35, y en la de los señores Viuda de Calleja é Hijos, y en todas las principales librerías del reino y del extranjero.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho de la noche: la aplaudida ópera en cuatro actos, titulada: LUCIA DE LAMMERMOOR.

DEL PRINCIPE.

A las ocho de la noche: el drama en tres actos, titulado: LOS HIJOS DE EDUARDO. Seguirá la POLKA, bailada por parejas de niños. A continuacion el juguete cómico, en un acto, titulado: NOCHE TOLEDANA. Terminará el espectáculo con bailarías jaleadas á seis.

DEL CIRCO.

Hoy no hay funcion.

DE VARIEDADES.

A las ocho de la noche: primera representacion del drama nuevo titulado: MARIA O LA NIÑA ABANDONADA; baile y sainete.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.